

hubiérais encontrado una sola que se atreviese á afirmar que el vizconde no era e mas cumplido y mas simpático caballero.

Elena hacia lo que todo el mundo; le encontraba seductor y bello. La idea de ser su mujer le inspiraba una esperanza de íntimo placer mezclado de orgullo. Se decia á sí propia: esto sin duda es lo que llaman amor!

El otro, el hombre del vals, parecia á primera vista torpe y embarazado, dentro de su frac negro; su cuello demasiado musculoso, ajaba con sus movimientos la corbata blanca, tenia las espaldas anchas, las manos bellas, pero fuertes hasta tal punto que se asombraba uno de que pudiera tocar con tanta dulzura. Su rosiro, vigorosamente caracterizado, no tenia la *distincion* del de Enrique. Era una frente ancha, prominente, llena de desigualdades; el cráneo, de una amplitud considerable, se cubria de un bosque de cabellos ásperos y rojizos, cortados al raz de la piel. Habeis visto esas robustas cabezas de los partidarios de en tiempo de Cromwell? Hasta en las cejas, la cabeza de Jorge Leslie estaba modelada

en ese estilo. La línea de las cejas, bien marcada, afectaba una curva tan pura, que hubieran podido colocarse muy bien sobre la límpida mirada de una mujer. Sus ojos eran grandes, tal vez demasiado hundidos respecto al nivel del arco huesoso, pero muy rasgados y minados con una luz interior que no parecia exhalar, de dentro á fuera, sino al contrario absorberse en sí misma.

Los domadores de serpientes tienen esa pupila profunda y sombría como una agua tranquila.

Bajo los ojos sobresalian los pómulos: la nariz recta, que hubiérais creído esculpida por un cincel griego, tenia en su punta una ligera remangadura; la boca, pequeña y bruscamente dibujada, prolongaba su labio inferior, levemente regordido hasta el plano de la barba proyectada hácia delante, lo cual daba á toda aquella fisonomía un carácter de valentía, de poder y de indomable voluntad.

Es evidente que la linda Elena no habia analizado todo eso, como nosotros lo acabamos de hacer. Su impresion habia sido ésta: ¡Es posible que dos jóvenes, los dos

grandes, jóvenes y bellos, puedan ser tan diferentes de aspecto como el señor vizconde Enrique de Villiers y el señor Jorge Leslie?

Se habia hecho esta pregunta tal vez durante el vals.

Despues del vals habian palmoteado en el salon, y con toda justicia. Las manos de Elena permanecieron sin embargo inmóviles, á pesar de que Elena conocia mejor que nadie sus deberes de ama de casa.

Cuando Jorge Leslie, cortado y atrojado ante los cumplimientos de todos, habia balbuteado:

—Me ocupaba de la música en otro tiempo.... pero hace ya tanto de esto!....

Elena no habia visto en esta respuesta mas que la pueril astucia de la vanidad.

Y se habia dicho á sí misma:

—Es un artista!

Palabra cruel, y que no nos revela absolutamente en qué pensaba esa bellísima Elena, en la soledad del salon, abandonado por los bailarines.

Mucho tiempo permaneció hundido en su

meditacion. Un clamor repentino que estalló en el tocador, la despertó de repente.

—Oh! oh! decian; eso sí ya es impasable!....

—Los viajeros gozan de ciertos privilegios, añadian otras voces.

Y todos se rieron.

Hubo un momento en que nadie se entendió porque todos hablaban al mismo tiempo.

Elena habia vuelto en sí, pero apenas percibia aquel ruido. Permanecia sobre el divan, inmóvil y como estupefacta.

Solo hasta que levantó la cabeza tuvo conciencia del vacío que se habia formado en torno de ella, al propio tiempo que notaba la mirada fija de Jorge Leslie clavada sobre ella.

Elena se sintió con el corazon oprimido; una angustia desconocida sofocaba su pecho; se puso muy pálida. Jorge Leslie, por el contrario, se ruborizó y apartó vivamente su mirada.

Jorje estaba en pié, precisamente enfrente de Elena. Permanecia recargado en la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

chambrana de la puerta que comunicaba al salon con el tocador.

Alcabo de algunos minutos, Elena se levantó, confusa é irritada por su misma emocion. Un vivo color de rosa reemplazó á la palidez de sus mejillas, cuando notó que le seria preciso pasar cerca de Jorge Leslie, para refugiarse cerca de su madre, Jorge no miraba ya hácia donde ella estaba; hubiérase dicho sin embargo, que adivinaba lo que sucedia, porque se inclinó sonriéndose á medias, con todo el tímido embarazo de un colegial, y se perdió inmediatamente entre el grupo de los oyentes del señor vizconde.

Elena se lanzó hácia su madre, que ni aún habia notado su ausencia.

—Mi hermosa prima, la dijo Enrique de Villiers al verla; tendria deseo de saber si vos participais de la incredulidad general.

Jamás se las coje desprevenidas, á esas seductoras niñas que balbuten á los seis años, con sus muñecas vestidas de princesas, la lengua llena de evasiones del gran mundo.

—Cuando mamá me permitió ver á Wal-

ter-Scott, primo, contestó ella, esperimenté tanto gusto con esas narraciones, que jamas pensé en preguntarme si todas esas interesantes aventuras eran verdaderas ó inventadas.

El vizconde la hizo una reverencia.

Jorge Leslie acababa de apoyarse de codos sobre la loza de la chimenea. Al oir, el timbre de la voz de Elena se estremeció y se paseó la mano sobre la frente. Su mano estaba helada; su frente ardia.

—Pasaria mi vida entera escuchando á mi primo! dijo la señora marquesa de Boistrudan con conviccion. Jamas habia yo escuchado historias mas bonitas!

—Si el señor de Villiers quisiere publicar ésta, añadió un vizconde que habia dado á luz algunas poesías ligera en la *Moda*, obtendria un exito asombrosó!

—Estupendo!

—Se harian veinte ediciones, como de una novela de Arlincourt.

Enrique se sonrió de una manera orgullosa.

—No refiero mis viajes mas que á mis amigos, respondió. Escribir, es platicar

con el lector. Me parece que la multitud, aunque sea de lectores, es siempre multitud, y no es harto escogida para conversar con ella.

Al decir esto abandonó la postura de orador que habia conservado hasta entonces é hizo ademán de sentarse.

Un movimiento de desagrado circuló por entre todo el auditorio.

—Ya lo veis, primo, exclamó la marquesa; nadie está aquí satisfecho todavía.

—Una historia, señor vizconde! una historia! exclamaron tres ó cuatro dulces voces de muger.

—Cuando os digo lo que he visto, visto con mis propios ojos, dijo el Sr. de Villiers, exclamais que es exageracion, que es mentira!.... Vosotros los parisienses que no habeis perdido jamas de vista las torres de Nuestra Señora si no es para ir á dar un paseo á Wiesbaden ó para pasar el verano en vuestras quintas, sois naturalmente incrédulos!....

—Es cosa propia de la ignorancia, le interrumpió una vizcondesita sonriéndose.

Aceptad esta confesion de nuestro arrepentimiento, pero contadnos una historia!

—De hoy en adelante lo creeremos todo.... todo! á ciegas.... á pié juntillas! añadió el coro.

—Si hubiera aquí, replicó Enrique, alguno que pudiera contradecirme, me agradaría infinito.... pero os hablo de costumbres tan estrañas!....

Puede que quedáseis satisfecho, vizconde, dijo el general O'Brien tocándole la espalda.

Bah! exclamó el Sr. de Villiers, acaso vos tambien volveis de la montañas Verdes, mi escelente amigo?

—Pero he visto á alguno que viene de ellas, replicó el general; y dijo esto con tanto mas gusto cuanto que sus narraciones concuerdan perfectamente con las vuestras.

Las facciones del vizconde Enrique se contrajeron imperceptiblemente; pero añadió:

—Cómo se llama vuestro viajero?

—Jorge Leslie; respondió el general.

Elena, que estaba sentada junto á su madre, se volvió vivamente, y como á pesar

suyo para mirar á Jorge. Los ojos de éste, estaban á la sazón fijos sobre el vizconde Enrique, con esa tenacidad y esa inmovilidad que le conocemos. Permanecía en pié y sin moverse, como una estatua en una esquina de la chimenea. La espresion de su rostro era tan estraña, que Elena permaneció con la boca abierta contemplándolo.

—De veras! deveras! exclamaba la señora marquesa; el señor Jorge Leslie ha visto esos maravillosos paisés!.... Entonces él tambien va á contarnos sus aventuras!....

Al oír aquel nombre de Leslie, el vizconde Enrique habia respirado como si hubiera temido oír pronunciar otro. Recobró su aire risueño, y haciendó lo que todo el mundo, miró al extranjero. Este habia tenido ya tiempo de apartar los ojos á otro lado.

—Yo no tengo aventuras, señora, respondió; ó á lo menos mis aventuras pueden decirse en pocas palabras: fuí á esos mundos á buscar oro, y no lo encontré.

Estas pocas palabras fueron pronunciadas penosamente, y con un acento tímido.

—Ved lo que es la suerte! dijo el vizcon-

de Enrique; y yo que no lo buscaba lo hallé á toneladas.

La curiosidad un instante escitada por el extranjero decayó completamente. Se juzgó que no valia la pena de ser examinado mas detenidamente. Hay viajeros de viajeros. Aquel moceton que no podia hablar de corrido, sin que se le encendieran las mejillas fué juzgado sin apelacion. La marquesa se volvió. En el momento en que Elena hacia lo mismo, su mirada se cruzó por segunda vez con la de Jorge Leslie; y espermentó un calosfrio.

—Una historia! una historia! replicó el coro de las vizcondesas llenas de curiosidad.

Enrique metió las manos bajo las vueltas de su frac.

Esa es una señal que quiere decir: escuchad!

Un murmullo de contento circuló por todo el retrete.

No podeis figuraros cuánto me complace tener un testigo, dijo el vizconde. Me será permitido preguntar al señor Jorge Leslie de qué lado de las montañas ha viajado?

—Por ambos lados, respondió Jorge.

—Por el Norte, ó por el mediodía del Sacramento?

—Por el mediodía y por el norte.

—Por todas partes entonces!

—Por todas partes.

El vizconde Enrique se inclinó con una sonrisa, y desabotonó su frac de cuyo bolsillo sacó una especie de puñal, de vaina de *petate* de palma muy grosera, pero cuyo mango de cuerno negro, estaba cargado con una profusion de adornos.

—En ese caso, dijo, el Sr. Jorge Leslie debe conocer esto?

Jorge avanzó el cuerpo, como si hubiera querido lanzarse sobre el vizconde. Pero se contuvo, y respondió friamente.

—Es un *golden-dagger*.

Enrique desenvainó el cuchillo: la hoja, ancha y cortante, era de acero, damasquinada de oro. La montura era de oro macizo.

—Enseñadnos! enseñadnos! gritaron por todas partes.

Enrique presentó el cuchillo á la marquesa, quien lo hizo pasar de mano en mano.

El cuchillo llegó así hasta Jorge, quien lo tomó y lo examinó.

—Es el *golden-dagger* de un gefe! dijo.

Su acento era tranquilo; nadie notó la estremada palidez de sus megillas.

—Qué cosa es eso de *golden-dagger*? preguntó la marquesa.

—Ya lo veis respondió Enrique, un cuchillo de oro..... las gentes que se sirven de esta arma, son leones!.....

—Leones y tígres... murmuró Enrique.

Esta es su garra, prosiguió Enrique recogiendo el cuchillo de manos del general O'Brien. Voy á referiros cómo he arrancado esta garra del leon.